



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 1 | Agosto 2020

Pandemia y cultura: ¿por qué el Covid se reproduce distinto en cada país?

Cristian Breitenstein¹

cristianbreitenstein@hotmail.com

¹ Máster en Relaciones Internacionales (Tufts, Boston, USA), Abogado y Licenciado en Filosofía. Doctorando en Filosofía (Universidad del Salvador). Ocupó diversos cargos institucionales, entre ellos el de Ministro de Producción, Ciencia y Tecnología de la Provincia de Buenos Aires. Ex Profesor Universitario. Reside actualmente en Munich, Alemania.

Hace meses que venimos viendo y escuchando abundante información sobre un virus que cambió temporalmente nuestra existencia. Nunca antes lo habíamos escuchado ni siquiera mencionar, pero ahora ha ingresado a nuestro hogar y a nuestra vida como sinónimo de enfermedad, contagio, muerte y restricciones en la cotidianidad.



En estas últimas semanas hay líderes de determinados países que informan a su población de sus avances y caen en las siempre “odiosas comparaciones”. ¿Podemos comparar un país escandinavo con un país latinoamericano? ¿Podemos comparar un país asiático con Estados Unidos o Europa?

La primera respuesta que nos aparece es “sí, claro”. Podemos comparar todo lo que deseemos en el mundo, pero las comparaciones deben ser equivalentes. Como se decía en mi barrio: papas con papas y bananas con bananas, o frutas con frutas y verduras con verduras. El riesgo de comparar sin mantener mínimas equivalencias es caer, en primer término, en un error. Y, luego, en el ridículo, del cual, como bien se sabe, es muy difícil de volver.

¿Por qué razón, cuando en Alemania se impusieron las restricciones, la distancia exigida entre personas fue de 1,5 metros, mientras que en España fue de 2 metros? ¿Acaso el virus distingue y no infecta en esos 50 centímetros de diferencia o se expande distinto en los lugares alpinos que en los mediterráneos? ¿Por qué razón se dice que en Suecia no ha habido prácticamente confinamiento, mientras que en Italia ha sido casi total y han tenido ambos una tasa relativamente cercana de mortalidad?

Pues asistimos, entonces, a sustratos culturales y políticos diferentes. La pandemia juega su partido en la cancha de cada país. Como sabemos, los estadios son distintos y, por momentos, hasta las propias reglas de juego varían en cada escenario. Estas diferencias se han dado en los dos aspectos sustanciales que hemos descubierto como determinantes para analizar el éxito o el fracaso de un Estado ante la pandemia: el abordaje sanitario, por un lado, y el abordaje económico, por el otro.

En una primera etapa de la crisis, el objetivo era claro: evitar el contagio y la expansión del virus. Entre las mayorías de los líderes mundiales y de los medios de comunicación, se evidenciaba la primacía de la visión sanitaria. Con el correr del tiempo, y ante el paso de los días de los respectivos confinamientos, comenzaron a advertirse las consecuencias económicas que estos cierres conllevan. Allí, entonces, emergió la perspectiva socioeconómica. Y es en este terreno en donde los aspectos cultural y político, una vez más, exponen sus diferencias.

Vale la pena recordar que, al comenzar el virus en China, el gobierno de ese país bloqueó la información tanto hacia el interior del país como hacia el exterior. Esta decisión fue, con razón, muy cuestionada en el mundo occidental. Esa forma de actuación le podría haber costado la cabeza a cualquier líder que la hubiera transitado. En China, el sistema autoritario funciona de otra manera: allí, las libertades individuales y el resguardo de los derechos humanos están siempre condicionados a lo colectivo. Es decir, a ese imaginario totalizador, llamado Estado, Partido o Pueblo, que subsume todas las identidades subjetivas en una superior. Pero, claro está, esto no es

nuevo en China: viene desde los tiempos de Confucio, y por más cuestionable que pudiera resultar, tiene una raíz cultural y tradicional de larga data.

Lo contrario ocurre en Estados Unidos o Europa donde diversos se movilizaron en protesta contra el cercenamiento de sus libertades individuales, de reunión, de circulación, de entrar y salir del país. Al mismo tiempo, vemos que, en países escandinavos como Suecia, la distancia social no es un problema, pues es parte de su cultura. De modo contrario, en los países mediterráneos, el tocarse y expresar sentimientos físicamente tampoco es un problema, al menos, claro, que estemos ante una pandemia, donde el virus impone sus reglas y, además de infectar los cuerpos, infecta las relaciones sociales y las costumbres y conductas de cada país.

Es aún muy prematuro para afirmar cuáles han sido los países exitosos. Por un lado, se pone a Corea del Sur como uno de ellos, pero bien sabemos que la lógica asiática y el disciplinamiento social no pueden ser aplicados fácilmente en Occidente. Pero, aun en Occidente, tenemos diferencias. En Europa, las vemos entre Alemania, por un lado, e Italia y España por el otro. En Sudamérica, con Brasil, Chile y Perú, por un lado, y Uruguay y Argentina por el otro, en donde los contagios parecen sensiblemente menores.

Otra característica de la pandemia es que no se puede hablar lisa y llanamente de países afectados, sino de regiones y, en algunos casos, de ciudades. Basta ver cómo ha sido el impacto en Nueva York, en Estados Unidos, o en Madrid y Barcelona, en España. O en Lombardía, en Italia. O en Baviera y Renania del Norte, en Alemania, con grandes diferencias de otras regiones de esos mismos países. En el caso argentino, el mayor impacto se encuentra centralizado en la Ciudad de Buenos Aires y en el conurbano bonaerense.

Para volver al caso de Suecia, voceros de ese país dejaron en claro que la estrategia nunca fue dejar todo librado al azar ni que todo permaneciera abierto, como luego se simplificó. Hubo restricciones, pero la disciplina cultural del sueco hizo posible que la responsabilidad individual operara como un antídoto: lavarse las manos, guardar distancia y consultar a un

médico ante el primer síntoma son señales claras. Por otro lado, Suecia nunca siquiera se acercó a una crisis de sus Unidades de Cuidados Intensivos (UCIS). Es tan amplia la cantidad de UCIS que Suecia posee que ese país nunca corrió un riesgo de saturación, como sí ocurrió en España o en Italia, en donde faltaron camas o debieron postergarse otros tratamientos. Asimismo, en el caso sueco, las lamentables muertes (más que las deseadas) se dieron casi principal y exclusivamente en asilos de ancianos. Eso no excluye de responsabilidad a sus autoridades por las muertes, ni esto pretende poner a ese país como ejemplo. Simplemente, es necesario contemplar las equivalencias en las comparaciones: Suecia tiene 10 millones de habitantes y Noruega la mitad. Y como ha declarado la Ministra de Salud noruega, no ha habido tantas diferencias en la aplicación de las medidas entre ambos países.

En síntesis, cada país parte ante la pandemia de situaciones socioeconómicas, políticas y culturales completamente diferentes. Hay diferencias concretas en:

- Infraestructura en general y, especialmente, situación general de su estructura sanitaria.
- Estabilidad económica, salud fiscal y ahorro del Estado para solventar los desempleados, las empresas en crisis y todos los “caídos” por la pandemia.
- Sistema político (democracia presidencialista, parlamentaria o autoritarismos y populismos).
- Rasgos sociales y culturales de cada país y de cada región. Entre los más destacados están el de la responsabilidad individual, respeto a la norma, higiene y condiciones de vivienda (mayor o menos hacinamiento).
- Rol de la sociedad civil y de los medios de comunicación.

Si bien, como ya mencionamos, es aún temprano para calificar de exitoso o no a cada país en el combate contra la pandemia, y aunque los peores ejemplos son los más claros, parece cierto que el modelo del éxito estará en la interacción de las dos fuerzas mencionadas: la sanitaria y la económico-social. Si se toma como medida de éxito solamente la primera, puede correrse el riesgo de dejar a un país arrasado por el desempleo, las quiebras de empresas y la recesión económica, con la consiguiente generación de nuevas capas geológicas de pobres que tarden décadas nuevamente en encontrar su bienestar.

Si sólo tomamos en cuenta el factor económico, habremos perdido de vista el valor de la vida y nos habremos deshumanizado de tal manera que no seríamos dignos de llamarnos humanos. Si, en cambio, tomamos en cuenta ambos criterios (sanitario y socioeconómico), podríamos hacer una buena y necesaria síntesis para salvar y jerarquizar la vida. Esto, claro está, requiere un esfuerzo importante, de pericia, organización, capacidad de liderazgo, creatividad y políticas públicas consistentes. Como se dice en el campo: “No es pa’ cualquiera la bota e’ potro”.

Por ello, un juicio en este momento se constituye en un prejuicio. Se debiera reprimir todo impulso triunfalista, o incluso el ver ya no solo nuestro mundo sino todo el mundo como “grieta” o en forma dicotómica o binaria. El mundo, finalmente, es más complejo y diferente de lo que se ve.